

Mater Purísima

Núm. 134

Octubre 1933

Año XII



SANTO DOMINGO DE GUZMAN

Domingo le llamaron, y este nombre (*Dominicus*) era ya una revelación de que había de ser, entre todos, hombre de Dios.

Ardía el Mediodía de Francia en feroces heregías cuando apareció Guzmán, y de un olvidado rincón de Castilla le lanzó la Providencia a oponerse a todas con el fuego de su predicación y con el rezo del Santo Rosario.

Por él ha andado el Santísimo Rosario en todas las manos y en todos los labios, y se ha oído en todos los templos, y murmurado en todos los hogares, y cantado en todos los tonos y ritmos, y subido al cielo en todos los idiomas.

LA VERDAD DE TU VIDA

*¿Ves lo que pasa en el mundo?
¡Cuántas jóvenes envueltas en los halagos de sus rosados días se hacen la ilusión de que no dependen de nada ni de nadie, que viven de sí mismas y para Sí mismas, que lo pueden todo, y que el risueño amanecer en que cantan y juegan no ha de tener ni mediodía ni ocaso!*

El sol les concede su luz y calor, la atmósfera su oxígeno, la tierra las sustenta y les da alimento y abrigo, Dios mantiene su existencia, las recrea en todo momento; pero ellas viven olvidadas de estas atendibles y pavorosas realidades.

La superioridad de su posición las hace altivas y desdeñosas con los inferiores. Creen que todos están a sus órdenes y se conforman con su modo de ser. No ven el ceño amenazador de las clases bajas ante el entonamiento de ciertas clases altas a quienes jamás apean la compasión o la caridad.

La exhibición de su rango o de sus riquezas las llena de necia vanidad; gastan más de lo que pueden en superfluidades, robándolo a los pobres, su orgullosa ostentación engendra envidias y murmuraciones...

Viven en la mentira, no poseen su verdad.

¡Ay si el cielo y la tierra salieran de su mudez y benignidad! ¡Ay si viniera una catástrofe, un terremoto, un temporal, una epidemia, un desquiciamiento social a derribar aquel castillo de papel en que moraba segura aquella joven! ¡Ay si se encontrara sola, despojada de familia, de hacienda, de sustento... sola con su desnuda realidad!

Lo que no hacen esos grandes infortunios lo hacen en la joven ideal su cordura y prudencia.

Ella quiere conocer la verdad de lo que es y de lo que son los demás.

Desconfía de sí porque se sabe frágil y que no se basta a sí sola.

Desconfía de la turbulencia y aturdimiento de la gran sociedad muy para anublar la serenidad del buen sentido.

Es humilde, no se tiene en más de lo que es delante de Dios.

Sabe que si está adornada de singulares dotes y rodeada de lisonjeras amistades y atenciones, pesan mucho sus pecados y miserias.

Por otra parte ¿qué significa el honroso y brillante papel que pue-

da representar en la sociedad comparado con el aprecio en que tienen Dios y sus ángeles a los que viven en el reino de la gracia?

Y de este íntimo conocimiento de sí misma y de la justa estimación de su vida brotan una serie de hábitos preciosos.

Siempre la verás natural, dulce y agradable en su trato, llena de respeto y delicado comedimiento, abnegada y pronta para el servicio de los demás, paciente y callada en los disgustos, ajena a toda ostentación y singularidad en el modo de presentarse, tímida y sensible ante todo desorden y ofensa de Dios, descontenta

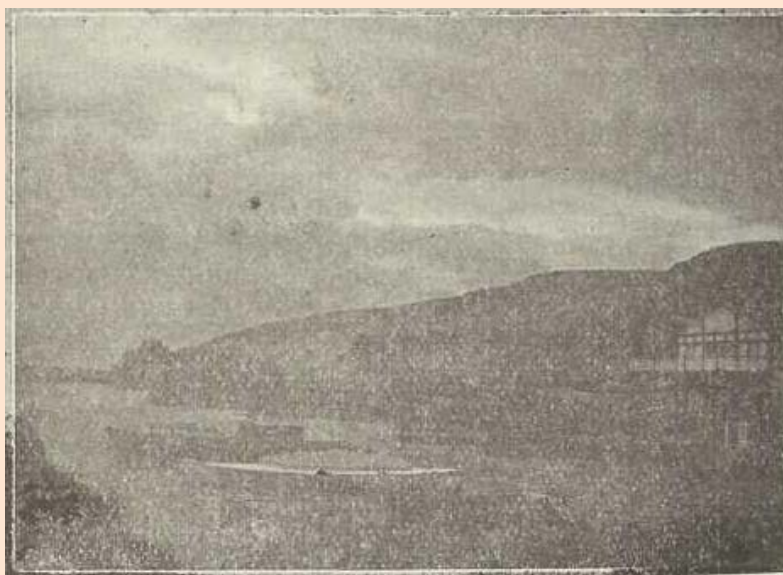
de sí misma y aspirando a mayor perfección

A nadie desprecia, porque para ella toda persona es obra maravillosa del ingenio divino y enderezada a altos destinos.

Mide ahora la distancia que existe entre la insensatez de una vida envilecida, por el desconocimiento u olvido de su valor inmenso y la normalidad y placidez de mía vida que desde el profundo conocimiento de sí misma se eleva hasta alcanzar alturas angélicas.

F. E.

Palma Agosto 1933.



Almería,— Un atardecer en el puerto.

PALADÍN DE LA CAUSA DE DIOS

El alcance político social de la Vble. Orden Tercera, fundada por el «Poverello» de Asís fue incommensurable e hizo de San Francisco un reformador social, como quizá no haya habido otro desde los días de Jesucristo.

El feudalismo, aquella institución medioeval echada a tierra con el triunfo de la revolución, obligaba al vasallo por juramento de fidelidad prestado al señor feudal—en cuyo terreno vivía y a cuyo terruño estaba ligado — a tomar las armas a su favor a cualquiera invitación suya.

De aquí las frecuentes rapiñas de los señores y las guerras ofensivas de los grandes hasta el rey y el emperador, que eran el mayor desorden del feudalismo.

San Francisco de Asís lo paralizó prohibiendo a los Terciarios el tomar o llevar armas mortales, vedándoles los juramentos solemnes a no ser en casos determinados por el Papa, y ordenando que si los hermanos o hermanas contra sus derechos o privilegios, son molestados por las potes-

tades o gobernadores de los lugares en que habitan, los Ministros (presidentes de la Orden del lugar tomen las medidas que bien les parezcan con el Consejo del Obispo (Regla, c. 6, n.º 3 y 4).

La Iglesia, en efecto, les apoyó, hiendo así en el corazón al feudalismo, pues aunque vivían en el mundo, eran, sin embargo los Terciarios religiosos sometidos la jurisdicción eclesiástica, por lo cual a ellos se opusieron Güelfos y Gibelinos y todo el señorío feudal.

El partido imperial de los Gibelinos tenía su principal apoyo en la nobleza feudal; el partido papal de los Güelfos en el estado llano. Al desligarse este último del partido feudal ingresando la Orden Tercera, se debilitó la casa de los Gibelinos y con ella todo el poder antieclesiástico del malaventurado Emperador Federico II.

En pocos años media Italia, para no hablar de otros países, había agrupado alrededor de la bandera religiosa y democrática de san Francisco, apoyada con mano fuerte por el Papa

Honorio III y luego por Gregorio IX, antes Cardenal Hugolino, unión de su amigo Francisco había sido el organizador de la Orden Tercera.

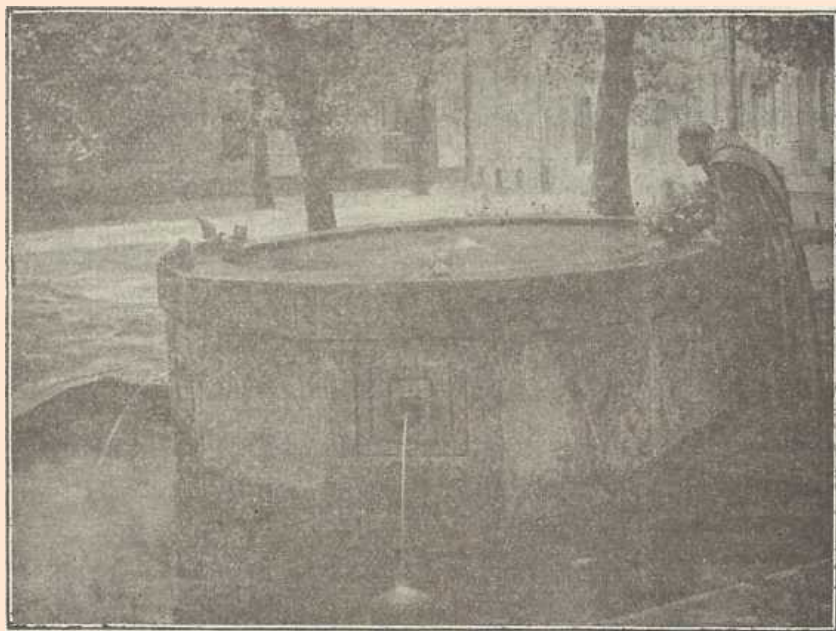
Fue aquella la mayor acción de paz que se ha emprendido y por esto Benedicto XV instituyó Patrono de la «Acción Católica» contemporánea al Serafín de Asís, paladín de la causa de Dios, por su obediencia a la Iglesia y por su seráfica caridad, por la cual yendo de la crea -

ción al Creador, predicaba a las aves, —«hermanas mías avecillas, mucho debéis alabar a vuestro Creador», las cuales para recibir su bendición, como en el valle de Espoleto, estiraban el cuello, extendían sus alas y le miraban abriendo sus picos.

Obediencia suma a la Iglesia y caridad seráfica con el prójimo son los remedios que en el actual caos social predica Acción Católica. San Francisco de Asís, es su patrono.

Justino Ripalda

Campos del Puerto, Stbre. 1933.



«... predicaba a las aves: hermanas mías avecillas...»

MARY - LUZ

POR ÁNGELES EXALUMNA

CAPÍTULO III

Andrés y Alberto

Entre Fuertes Minas y San Agustín, hay un desfiladero, obra de ingeniería primorosamente herradurada por la mano del hombre. Entre dos cruces del camino Alberto y Andrés se hallaron. De conversación animada y fácil el segundo, pronto simpatizó con la conciencia de aquel.

Bien repleta la cartera y animados por diferentes pensamientos, recorrieron un largo camino hasta llegar al Recortado. Allí se despidieron. Ofreciéndose cortesmente su recíproca amistad.

El 24 de Agosto del año siguiente, habiéndose durante este tiempo cruzado algunas cartas, se encontraron en Nueva-York, según tenían convenido.

Alberto, terminado el período complementario de acabado pintor, buscaba en la exposición de sus trabajos el renombre y la gloria.

Andrés, con su empleo de Capitán de Marina, desembarcó allí, después de un año sin interrupción al servicio de una Compañía armadora de barcos de cabotaje, y hartó ya de agua salada, resolvió regresar a Europa.

Nada tenían que hacer, y dedican-

do el tiempo a la correspondencia con sus familias pasaron veinte días, anudando con firmeza su amistad

Caracteres opuestos intimidaron sin embargo: Andrés enamorado y amigo de faldas, tenía el propósito de contraer matrimonio en Europa. Alberto, sin novias que le distrajeran, dejaba pasar el tiempo, ignorando que el hombre hallará siempre los mayores goces y el consejo más acertado entre las mujeres.

La pintura, en todos sus órdenes, ocupaba toda su atención, ello fué el motivo de que, invitado por su amigo, aceptara el viaje a Europa, convulsionada entonces por la guerra, y el extoror de su agonía le subyugó.

Así pudo encontrarse en la Granja sin que hasta entonces cautivara la atención del joven ningún modelo para sus cuadros pensando siempre en recoger, a su regreso a América, los tristes resabios de la monstruosa hecatombe.

Frente a Mari - Luz su inspiración recibía tal fuerza que, además de haber hallado el verdadero motivo para su arte, le hizo también filósofo a

fuerza de querer encontrar la manera de dar satisfacción, primero a la emoción de sus sentimientos, y después, cuando pudo definirlo, a su ilimitado amor.

Quisiera poder dar a su retrato el colorido exacto de su hermosura—le dijo a Mari-Luz, cuando en presencia de su madre adoptiva la contemplaba.

—Señorita, yo no quiero que mi imagen, como usted dice,—murmuraba la joven algo mohina— sirva de risión.

— ¡Pero, muchacha!, ¿qué estás diciendo?

—Sí, sí; yo creo que eso que hacen ustedes no son más que espantajos, y por eso me escoge usted a mí, habiendo tanta moza guapa en el erial.

—¿...?

— Sí, sí; no diga usted que no, yo lo sé.

— ¡Quita mujer!, ¿qué sabes tú de eso?

—No le haga usted caso—intervino amablemente la colona—; a pesar de sus años, ¡es tan chiquilla aún!...

—Es verdad—asintió la joven— acaso sea demasiado tonta para vivir en el mundo.

—Tonta no, pero rebelde, sí—repuso Alberto, algo contrariado.

—Ay, señorito; no se ponga usted tan serio; no quería disgustarle.

—Sea usted buena y obediente. Luego, con rostro sonriente, añadió: Ya

vé como estoy otra vez de humor y con ganas de trabajar.

-- ¡Ea!, adelante: pues como madre dice que no es cosa mala...

-- Pero, ¡criatura!, a qué desconfía usted de mí? Yo soy un artista, no me guían malas intenciones.

-- Perdone, señorito — intervino de nuevo la madre—; discúlpela usted, ella es así.

-- Bueno, bueno ya obedezco, puesto que me lo manda; pero, no tardará mucho, ¿verdad?; pues tengo que ir al rastrojo para ayudar a la Emeteria.

-- ¡Jai ¡ja!, ¡ja...! De buena gana se reía Alberto. Al fin pudo hablar y la dijo:

-- ¿Esperaba quizá dejar terminado su trabajo con una sola vez?

—No, no soy tan paleta, pues en el Convento vi pintar. La Madre S. Atanasio pintaba un San Jerónimo y creo que la vi trabajar en él más de cinco años.

-- ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!...

-- No se ría usted, que me voy al rastrojo.

-- No; no irás hoy al rastrojo—repuso su madre—; voy a mandar el mozo de mulas y entre tanto, habla poco, se buena y que empiece tu retrato el señorito.

-- Sí, sí,—dijo ya más sosegado Alberto — yo procuraré acabar pronto; miró su reloj y trabajó con delirio de inspiración.

AZUCENA EN CAPULLO

(Continuación)

Con cuánta delicadeza, al par que con sencillez embelesadora, describe las luchas que tuvo que sostener y las tempestades horribles que desencadenándose con furia le envolvieron en triste obscuridad, hasta que fulgurando en su espíritu un rayo de luz purísima, huyeron las tinieblas, cesó la tempestad y se alegró el cielo de su vida!

El infierno entero esgrimió sus armas contra ella, desplegando toda la fuerza de su rabia satánica y luchando encarnizadamente a fin de conseguir que desoyera la voz divina y perdiera, de aquel modo, un tesoro inestimable de celestiales riquezas.

Pero, el Todopoderoso que se complace en levantar a los humildes y concede su gracia a los que pelean por El, le dió valor y fuerza para que, saliendo siempre victoriosa, hiciera gran acopio de laureles con los que le tejieran los ángeles una corona de inmarcesible gloria

.....

Dios... el Dios que, como dice un distinguido escritor, inspiró a las razas sus maravillosas evoluciones, trazó a los mundos su colocación en los espacios; a los ángeles, sus jerarquías; a los mártires, sus heroísmos; a los pen-

samientos sus resplandores, y a las ciencias sus triunfos... ese Dios omnipotente, se enamoró de Clara, atrájola hacia Sí y quiso hacerla su esposa...

Ella, a su vez, enamorada también de Aquel que es *la belleza misma, el bien sumo y la felicidad absoluta*, correspondió con toda la ternura y vehemencia de su corazón a la divina predilección de que era objeto, y para el celestial Amante sólo para El, fueron los suspiros y las efusiones dulcísimas de su alma.

* * *

La vida de apostolado, tal cual en el Instituto se practica, la devoción es especialísima y grande amor que las religiosas profesan a la Santísima Virgen y hasta el mismo título de «Hermanas de la Pureza», tenían para ella delicioso encanto atrayéndola con fuerza irresistible.

La voz dulce y persuasiva de Jesús continuaba solicitándola sin cesar; ansiaba Clara lanzarse en su seguimiento, y proporcionábala amarga pena, el ver que, todavía no le era posible romper las trabas que se lo impedían.

Comprendía que era preciso dar cuenta a sus padres de aquella Divina vocación que de manera tan fuerte y misteriosa la cautivaba y atraía, pero aun-

que jamás había tenido secretos para ellos no se atrevía entonces a comunicarle lo que pasaba en su alma, porque preveía cuán profunda sería la herida que les causara la noticia de tal vocación, por ser ella el anuncio de una separación que había de perdurar hasta la eternidad

Por fin, después de bien probada por su director y contando con la venia del mismo, resolvió manifestarles su deseo vehementísimo de ser religiosa, solicitando permiso, al mismo tiempo, para ingresar en el Instituto de las Hermanas de la Pureza de María Santísima.

No tardó mucho en presentársele ocasión oportuna, pues en Octubre de 1910, cuando con el doble objeto de ver a su hija y presenciar las solemnes y extraordinarias fiestas con que se celebró el primer centenario de la fundación del Instituto, don José Forcada fué a Palma acompañado de su hermano don Francisco. Clara, resuelta y animosa, habló a solas con su papá y puso en su conocimiento aquel negocio de sumo interés para ella. Abrióle de par en par su corazón y expresó con admirable precisión los movimientos de su espíritu y aquel ardentísimo anhelo de abrazar la religión que día y noche la dominaba desde tanto tiempo hacía. Luego le rogó con la mayor insistencia le permitiera quedarse, para siempre en aquella santa Casa. A esto se negó su pa-

pá terminantemente. Díjole que no se oponía, ni mucho menos, a que siguiera el impulso de la gracia y correspondiera al Divino llamamiento, pero quería que volviera a Ciudadela y permaneciera algún tiempo entre la familia para cerciorarse de que la vocación que sentía era verdadera, y también para que pudiera apreciar mejor lo amargo de las despedidas.

Ni por un instante pensó don José en oponer resistencia a la voluntad de Dios; tal cosa fuera indigna de su corazón, donde sólo anidaba sentimientos profundamente cristianos; pero, dirigido por una prudencia característica en él, juzgó conveniente sujetar a prueba aquella vocación, para conseguir quedara bien patentizado el acierto de la misma.

Regresó a Ciudadela y en seguida comunicó a su esposa cuánto le había dicho su hija.

El 18 de Diciembre de aquel mismo año, dejó Clarita para siempre el uniforme de colegiala, despidiéndose de su querido Pensionado en la tarde de aquel día, como ya queda dicho.

Su llegada a Ciudadela fué para la familia motivo de placer y júbilo. Todos procuraban a porfía manifestarle su cariño, y ella les correspondía con aquella bondad y finura de sentimiento que tanto la distinguía.

Sin embargo, sufría y estaba triste, mas... reconcentraba su dolor y tristeza a fin de no menguar en lo más

mínimo el gozo que sentían los suyos por verla ya entre ellos. No dijo por entonces a su mamá ni una sola palabra respecto de su vocación. Temía afligirla y, además, no dudaba que su parecer y sentir serían iguales a los de su papá, porque sabía muy bien que las inteligencias y corazones de ambos marchaban siempre al unísono.

CAPITULO IV

Clara insiste más y más en su deseo. — Pruebas a que se ve sometida. — Alegría inmensa por haber conseguido lo que tanto anhelaba. — Carta de petición. — Otra carta de despedida. — D. José y D.^a Margarita marchan a Barcelona. — Comportamiento de Clara durante su ausencia

Clara no podía dominar el ansia que de abrazar la vida religiosa tenía, y decidió hablar a su papá e insistir de nuevo para conseguir el permiso que tanto apetecía.

Pronto tuvo una larga conferencia, en la que con el acierto y madurez de juicio que le fueron siempre tan naturales, opuso razones de gran peso a todos los obstáculos y dificultades que le presentó su padre. Este, determinó, no obstante, que era preciso probar todavía más aquella vocación, y haciendo el sordo a las instancias de su Hija, le mandó que hasta después del 19 de Marzo no le hablara de tal asunto. Rendida y sumisa como de

costumbre, obedeció puntualmente.

Ni un momento abandonó su corazón el firme e irrevocable propósito de consagrarse a Dios; cada vez parecía aumentarse la intensidad de su anhelo, y entendiendo que aún estaba lejos el día felicísimo en que lograra verlo satisfecho, honda pena se apoderaba de ella, sin que jamás se trasluciera, de suerte que nadie pudo advertir que sufría, pues aparecía siempre tranquila y contenta, atendiendo con amable y delicado esmero a cuantos la rodeaban y dándoles sin cesar pruebas inequívocas del más tierno y cariñoso efecto.

Pasó el plazo fijado por don José y éste, adelantándose en cierto modo a los deseos de su hija, fue en su busca dirigiéndose a la habitación donde sabía estaba pintando.

La converación fue íntima y larga.

Reflexiones, consejos, avisos y dificultades, todo fué puesto en juego con gran discreción y prudencia por parte del padre, y a todo respondía la hija cumplida y satisfactoriamente. Púsole aquél de relieve el valor de los afectos, de las comodidades y de los purísimos placeres que hasta entonces habían constituido su felicidad, y de tal modo y con tal unción expresó Clara el poco aprecio que le merecían las dichas humanas y cuánto ansiaba por otra parte las cruces y sacrificios de una vida enteramente consagrada a la santificación propia y a la salvación de las almas por medio de la

instrucción y educación de las niñas, que don José no pudo menos de sentirse emocionado y lleno de admiración.

Quedó convencidísimo, hasta en lo más íntimo de que la vocación de su hija no era un sentimiento fugaz o una ilusión pasajera, sino el llamamiento de Dios a una alma privilegiada, un efecto de la divina predestinación

Sus sentimientos de cristiano no eran nada inferiores a sus sentimientos

de padre. Amaba a su hija con toda la ternura de que es capaz el corazón más grande y más amante, pero al mismo tiempo, también amaba a Dios ardientemente y El era el término final de todas sus aspiraciones; por eso aceptó el sacrificio y ofreció, aunque con dolor, la joya riquísima que se le pedía, sometiendo su voluntad entera y resignada a los eternos e inmutables decretos de su voluntad Divina.

(Seguirá)



=====
Capilla de
Santa Cruz

Fotografía tomada
el Jueves Santo.
=====

AVE MARÍA

«Dios te salve María».
Divina Aurora
consuelo y alegría
del que te implora
Cupiérame una parte
del albo coro
para poder cantarte
con lira de oro.
Dijera en mis coplillas
mil y mil veces
todas las maravillas
que Tú mereces.
«Que eres ll«na de gracia».
Toda hermosura
es a tu vera, lacia,
pobre y oscura.
Tu limpieza es Divina,
más transparente
que el agua cristalina
de aquella fuente
que al caer se desliza
suti l, callada
y el campo fecundiza
inmaculada.
«Que el Señor es contigo».
De sus desvelos
son constante testigo
la tierra y cielos.
Del amor más ardiente
vives henchida
Y a Dios eternamente
estás unida.
¿ Y bendita Tú eres
La Preservada

«entre todas las mujeres»
Predestinada.
La única perfecta,
sola impecable,
del Hijo predilecta
Madre admirable.
«Y bendito es el fruto»
que has en tu seno
aquel ser diminuto
de gracias lleno.
Señor de los señores,
Omnipotente,
amor de los amores
rico presente.
«Santísima María».
Es tu presencia
de paz y de alegría
la rica esencia.
De los justos consuelo;
luz medicina
de los Santos del cielo.
Santa Regina,
Con cuidados prolijos
siendo tan buena
«rogarás por tus hijos»
Casta Azucena.
Si eres su intercesora,
¡dichosa suerte!
«Ahora y en la hora
de nuestra muerte».
Amen.
María Esteve de Vicens
Presidenta de la Federación
Calaratjada 8 - Sbre. - 33.

EL SUEÑO DE UNA MARQUESA

El reloj de la torre de la populosa ciudad de X acababa de dar la una de la noche, en un día crudo de invierno, mientras cruzaba las principales calles de la población un coche blasonado, que se detuvo ante la señorial morada de unos marqueses Bajó del coche una elegante dama envuelta en pieles de armiño, que entró acompañada de sus camareras, y al poco rato entregóse al descanso de la noche sobre la regia cama emueblada con blandos colchones de plumas de papagayo.

Dormida profundamente soñó cosa rara después de asistir a las funciones teatrales, que el auto corría con tal velocidad que se la llevó al otro mundo y no paró hasta dejarla a las puertas del Cielo. Conmovida y perpleja al verse sola, dió un fuerte aldabazo pidiendo acceso en la celestial morada, y San Pedro sorprendido, preguntó quién era. Soy, contestó, la marquesa de Agua-Rosa, que deseo entrar en esta mansión de paz y bienandanza.

Interrumpióse el diálogo y mientras el santo portero consultaba el registro, la noble dama, impaciente aguardando su suerte, empezó a recalcar con orgullo la nobleza de su estirpe, diciendo que era nieta de muchos du-

ques, y que, por lo tanto, corría en sus venas y en las de sus nobles ascendientes sangre azul desde tiempos inmemoriales; el humilde portero, despreciando tan vanas proposiciones, le dijo que no prosiguiera, pues en el Cielo nada valen las honras mundanas y en tanto aprecio era considerado el noble como el plebeyo. ¿Sois cristiana?—preguntóle mientras ojeaba el gran libro—: ¡Ya lo creo! — contestó la interpelada—; en el momento puedo enseñarle mi partida de bautismo, para que se convenza de que digo la verdad.

Creía la señora de gran mundo que por el hecho de ser cristiana ya ganaba la fuerte batalla del tremendo juicio, pero sólo era cristiana de nombre, porque nunca siguió ni siquiera conoció la doctrina de Cristo.

No se cansó San Pedro de revolverle hojas en el registro y por fin, dando una gran palmada sobre él, dijo: Ya encontré lo que buscaba. Escúcheme bien, señora, y leyó la conducta de su vida en estos términos: La marquesa de Agua-Rosa es una dama muy elegante. Desempeña en el gran mundo un brillante papel por su distinguido porte y finos modales, hasta el punto de que en la corte, en los bailes y salones concurridos todos la respetan...

pues en punto a lustre y brillo,
antes que ceder la palma
prefiere jugarse el alma
con la gloria celestial.

Demudóse el semblante de la señora
al oír aquellos terribles cargos; anudóse-
le la garganta y no encontró palabras
para decir esta boca es mía... por más
que las buscó.

Leído este primer capítulo iba a con-
tinuar los restantes, de los cuales mu-
cho había que decir, cuajado una vi-
sita inesperada, que hizo sonreír al
Santo bendito, le obligó a interrumpir
la narración: Acompañados de sus án-
geles custodios, subían a la celestial mo-
rada una bandada de los que el mun-
do califica de pobres agobiados bajo
el peso de su cruz, que descargaron
apenas llegados; porque allá arriba no
tienen cabida los males, y los que en
este valle de miserias han llevado con
garbo la cruz, son glorificados en la
gloria, a proporción de los méritos que
han contraído llevándola.

Envueltos en una gran luz se inter-
naron en la ciudad eterna, y en nume-
roso tropel salieron a recibirlos todos
sus moradores.

Pasmada quedó la casquivana señora
al descubrir entre ellos a un mendigo
a quien ella había prodigado despre-
cios.

Entro tanto San Pedro cerró las puer-
tas del Cielo, cuyos goznes rechinaron
tan fuertemente que despertaron a la
gran señora....

.....
Fué para ella el narrado sueño, una
lección que grabó de tal modo en su
mente que trocó totalmente su con-
ducta; de loca y casquivana se cambió
en cristiana ferviente, siguiendo las hue-
llas de Cristo y ganando almas con su
vida ejemplar, y desde aquella fecha sa-
be muy bien que son bienaventurados
los que en este mundo padecen por
Dios y que de los tales es el reino
de los Cielos.

S: M: T.

IN MEMORIAM...

«Consumatus in brevi
explevit témpora multa».

*En memoria de Teresita Menor,
exalumna del Colegio de Valencia.*

¡Ya murió la nifia,
ya ha subido al Cielo !
mal estaba en el mundo mezquino
querubín tan bello.

Lloran afligidos
amigos y deudos,
por la blanca paloma que vuela
rasgando los vientos.

Yo la vi, yo la vi tantas veces,
viva imagen del manso Cordero;
yo la vi dirigir presurosa
sus pasos al templo;
vila allí postrada
con arrobamiento

estrechar a Jesús recibido
en su amante pecho.

Todos la admiraban
por el buen ejemplo,
y ella humilde, violeta escondida,
se entregaba a Jesús por entero.

¡Qué íntimos coloquios,
qué de arrobamientos,
qué de amores puros,
qué de amores tiernos!
¡Alma casta inocente de niña
era un ángel, un ángel del Cielo
¡Yo la vi inmaculada, tendida
sonriente en el féretro...

una virgen del martirologio!
Era tal su aspecto,
que en la caja, más bien parecía
sumida en el sueño
de los que son justos,
de los que son buenos.

¡Ya murió la niña,
ya ha subido al cielo!
ya vestida de blanco en la iglesia
jamás la veremos,
con los ojos bajos
y las manos cruzadas al pecho
y el blanco rosario prendido
en los dedos...

Cuando asisto a Misa,
recordando a la niña, me creo
que una imagen falta
del recinto sagrado del templo.
Almas inocentes
Ángeles del cielo,
que pasastéis apenas rozando
vuestras alas de seda, al rastrero
mundo que enpañaba
con impuro aliento
vuestras frentes nobles,
vuestros nobles pechos;

no olvidéis que aquí abajo que-
[damos
llorando y gimiendo,
sin el amor en el alma y privados
de castos afectos,
divinos, sublimes
como eran los vuestros...

¡Ya murió la niña,
ya ha subido al cielo!
Ya jamás volveré a contemplarla
rezando en el templo...

¡Rosa inmaculada,
lirio al aura abierto
trasplantado ha sido
por Jesús al vergel de los Cielos!

X

Villena, 7 - 1933.

FRUTOS DEL SANTO ROSARIO

El célebre orador popular, abogado Daniel O'Connell libertador de Irlanda, combatió en el Parlamento inglés, por más de diez años para ganar en favor de siete millones de irlandeses católicos la libertad religiosa. En esta titánica lucha en defensa de la patria, O'Connell tenía necesidad de poderosos auxiliares en el Parlamento inglés. En un principio ninguno le escuchaba; así que pensó recurrir a la Madre de Dios, de quien era tiernísimo devoto. Se cuenta que un día mientras sus adversarios se combatían unos a otros con la mayor aspereza, él, retirándose a un rincón del Parlamento, rezó a escondidas el Santo Rosario. La oración a la Vir-

gen no quedó ineficaz. Pronto O'Connell tuvo por patrocinadores y compañeros en la lucha, ante todo, al viejo general Wellington, después al ilustre estadista Roberto Peel, que hizo triunfaren ambos Parlamentos el llamado *bill de emancipación*, y, por último, a lord Rusell y al famoso poeta inglés lord Byron, que flageló rudamente el fanatismo sectario de los ingleses contra sus conciudadanos católicos. Así triunfó la causa tan valientemente defendida por el modelo de los católicos islandeses Daniel O'Connell

* * *

Cuando el príncipe Eugenio de Saboya tomó el mando de su ejército en Hungría, los soldados quedaron asombrados viendo que antes de cualquier acción militar tenía siempre en la mano el Santo Rosario, y como llevaba una capa oscura, los soldados le llamaron, por burla, el *Capuchino*. Pero fué el piadoso general y devotísimo del Santo Rosario quien llenó el mundo de admiración libertando a Enropa del yugo de los turcos.

Frutos de la Educación Religiosa

Maximiliano Littre, célebre filólogo y filósofo francés, el día del nacimiento de su hija, dijo a su mujer: «Tú eres ferviente católica y practicas toda la religión. Educa a tu hija según las cos-

tumbres de piedad que son las tuyas. Solamente te pongo una condición: el día en que cumpla ella quince años, me la traerás para que le exponga mis ideas y ella escogerá.»

La madre aceptó. Los años pasaron, y una mañana entró al despacho de su marido. «¿Te acuerdas, sin duda, de lo que me pediste? Ahí está tu hija dispuesta a oírte con todo el respeto y confianza que le inspira un padre amado y venerado. ¿Quieres que entre?»

—¡Oh!, sí, cuando quiera, pero ¿para qué? ¿para que le exponga yo mis ideas? ¡No, mil veces, no! Has hecho de ella una buena criatura, cariñosa, sencilla, recta, ilustrada y feliz. ¡Feliz; eso que resume en sí todas las virtudes de un ser! ¿Piensas que voy a echar yo mis ideas al paso de esa felicidad y de esa pureza?

NECROLÓGICAS

El 11 de Agosto falleció en Son Ferragut,—Palma—a la edad de 14 años, el niño Miguel Nadal Cruellas, hijo de la exalumna federada Doña Juana Cruellas de Nadal.

Enviamos a sus afligidos padres y familia, junto con nuestras oraciones, la condolencia de nuestro sentimiento.